

A las nueve de la noche entraron O'Higgins y San Martín en Santiago en medio de las entusiastas aclamaciones de un pueblo, que del terror del pánico, había pasado al delirio de la alegría. Pasados pocos días, San Martín, dejando el mando del ejército á Balcarce, emprendió de nuevo el camino de Buenos-Aires, no en busca de nuevas coronas que su modestia rehusaba, sino para discutir y combinar con el director Pueyrredon, el plan que meditaba hacia tiempo, de llevar la guerra al corazón mismo del Perú, y conquistar la libertad, plantando su bandera en las torres del Callao.